

tina, con Sábat y Pablo Obelar, para después remontarse en el tiempo para hablar de la relación entre Matisse y Picasso o para reflexionar sobre el dolor en la obra de Rembrandt.

Pese a la brevedad de los comentarios, los cuales fueron publicados en su momento en revistas, periódicos o catálogos, el gran acierto de *Pintura siempre* consiste en la concisión de conceptos, en la claridad de exposición de éstos, pues no se trata de un estudio exhaustivo ni un análisis minucioso. Más bien Cobo Borda propone un recorrido por lo que llamaría Octavio Paz "los privilegios de la vista".

mulante camino para recobrar la visión original que nos forma y nos constituye. Durante el siglo XX Colombia bien puede definirse a partir del rigor con que sus pintores nos han obligado a reconocer lo que antes no percibíamos".

Palabras más que acertadas para este otro libro suyo también de pintores suyos, que nos revelan que la pintura no sólo es placer de los sentidos sino comprensión, síntesis y reflejo de un país, así como de su circunstancia histórica, política y social en la que se encuentra. Ya lo había dicho y hecho Hauser. Pero una cosa

lo artificial. Tal parece ser el método de este regocijado poeta que ha encontrado en el campo del análisis y crítica pictórica el complemento de su poesía. Y a su vez ha traído a la poesía al campo de la pintura, de allí que no es infrecuente la cita de poemas como el de Manuel Machado sobre Rembrandt o el de Pedro Salinas sobre el dolor cuando analiza este sentimiento en la obra del holandés. Pero no se trata de citar poemas. Se trata de ver con los ojos de la poesía, descubrir y revelar nuevas dimensiones. Como sólo saben hacerlo los poetas.

RAMÓN COTE BARAIBAR



En el prólogo a otro libro sobre arte, llamado testimonial, biográfica y enfáticamente *Mis pintores*, el autor dice: "Quizás por ello escribí este libro: para reconocer, en la pintura, una de las mayores muestras de la creatividad colombiana. Para habitar en ese museo imaginario donde estos quince pintores, MIS PINTORES, me hacen mejor y más comprensivo de mí mismo y cuanto me circunda. La pintura sigue siendo el más esti-

es leerlo y otra cosa aplicarlo. Son los individuos, los artistas, los que acaban encontrando un signo, una marca, una manera de decir que va a retratar a miles de personas, y donde esas miles de personas se verán reflejadas, algo que sin duda se ve en la obra crítica de sus maestros Ángel Rama y Damián Bayón.

El saber rastrear, el saber ver, el deleitarse, el explicar, el encontrar el marco teórico, el saber sacar datos a

Un fantasma recorre a Colombia. Es el fantasma de los discursos sobre la lectura

La pasión de leer. Frontera seductora entre el sueño y la vigilia

Augusto Escobar Mesa

(coordinador académico)

Comfama/Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2002, 209 págs.

Un fantasma recorre a Colombia: es el fantasma de los discursos sobre la lectura. Por todas partes se habla de ella: en los centros académicos, en los exámenes del Icfes, en las canciones de moda, en los manidos discursos del gobierno y hasta en la televisión.

Los escritores, desde luego, no se podían quedar atrás en esta materia de su completa incumbencia y, para muestra, este botón. Sorprende, sin embargo, salvo una excepción honrosa, tanto lugar común al respecto, proviniendo sobre todo de la pluma de siete vates colombianos, entre los que se encuentran varios de los más representativos de la actualidad.

En realidad, la obra materia de esta reseña consta de doce trabajos presentados por autores colombianos a lo largo de 1999 en el marco

de las denominadas "Jornadas de literatura" efectuadas en Medellín y algunos municipios de sus alrededores bajo el auspicio de Comfama. Pero, afortunadamente, dicha obra se halla dividida en dos partes: "El escritor y sus lecturas", constituida por ocho apologías del libro de las que forman parte las siete lamentables divagaciones de los autores mencionados; y "Perspectiva de la literatura colombiana de finales del siglo XX", cuyo tema restringido no se presta mucho para especular.

mente esa incredulidad..." (pág. 102). Pero vayamos en orden:

El primer lugar de tal orden lo ocupa, desde luego, el prólogo, realizado por Augusto Escobar Mesa. En él se hace la presentación del programa del que surgieron los textos que conforman el libro, así como un resumen de los mismos. Y todo ello estaría bien si no fuera por el pretencioso e incoherente apartado que, bajo el rótulo de "La literatura, los libros: arcanas memorias del hombre", los precede. Considere el

posibles— y al pasado del escritor; pasado porque es historia, memoria condensada, y futuro, por su virtualidad: se reactualiza cada vez que un lector vuelve sobre él o invita a otros a presenciarlo.

Si se trata de comprender el significado de este párrafo a partir de las dos ideas, marcadas por el punto seguido, que contiene el mismo, se ha de convenir, en principio, que la segunda es una explicación de la primera:

- Idea 1: Todo libro, aún el más nuevo, es memoria (recuerdo o pervivencia del pasado), impronta humana y de las cosas (marca o persistencia del pasado en el transcurso del tiempo).

Lo anterior significa que:

- (Idea 2, la cual aparece propuesta como explicación de la primera) El libro, en cuanto memoria o impronta del tiempo, constituye la abolición de dicho tiempo, en la medida en que en él convergerían sus tres dimensiones (presente, pasado, futuro).

Pero, si el libro es pasado, memoria, parte del tiempo, ¿cómo es que, de igual modo, puede abolir tales dimensiones del tiempo y, en particular, el pasado? Con otras palabras, si esto fuera así, si no existiera el tiempo, una de cuyas dimensiones sería el pasado, ¿cómo podría ser el libro memoria, impronta de dicho pasado?

Se puede aceptar, en todo caso, que este primer párrafo guarde ciertos arcanos discursivos, algo así como esas estrategias de que se valen los narradores para intrigar a los lectores, y continuar así con la lectura. Pero, por desgracia, no hay tal. Pues el siguiente párrafo, que tendría que conectarse con el primero de algún modo, arranca con una afirmación que por repetir dos palabras del anterior (*libro* y *memoria*) pareciera, en efecto, relacionarse con él; pero de inmediato se muestra completamente ajena porque toma un rumbo inesperado al relacionar el libro no con el tiempo o la memoria sino con la totalidad universal:

Cuando Borges sostenía que los libros eran "una extensión de la memoria y de la imaginación"



Para confirmar la apreciación planteada, parto, en concreto, de una de William Ospina que aparece en su respectivo trabajo de este libro —y quien, por cierto, no la asume para el caso—, la cual también suscribo y aplico ahora, adelantando su veracidad, para mal de las citadas divagaciones: "... ya decía Coleridge que el goce de la literatura exige una suspensión voluntaria de la incredulidad. Claro que se requiere para eso que la obra colabore. Hay obras que no le ayudan a uno a suspender voluntaria-

lector la conexión de las ideas y frases de este primer párrafo:

Todo libro, así recién se exhiba en los anaqueles de las librerías, es memoria, impronta del hombre, de la naturaleza y las cosas en su paso por el tiempo. Tiene la virtud de abolir el tiempo como unidad cronológica y poner a coexistir las tres dimensiones: presente, que es en su aparición y contingencia, y de inmediato deja de ser porque ya le pertenece a los lectores —reales,

(1998: 4), ponía en funcionamiento aquella idea de Mallarmé, ya de dominio universal, de que el objeto del universo es el libro porque sus páginas abiertas lo contienen todo. Ellos son las piedras fundacionales sobre las que se han erigido los inúmeros y cambiantes órdenes del universo. Son, a su vez, la impronta del tiempo trascendido que afirma la razón de ser humana: *homo loquens, homo sapiens, homo scribens*.

La verdad es que, aun tratando de ser el más cooperativo lector, obviando, por ejemplo, la muy arbitraria relación entre la frase de Borges, referida al libro como instrumento que permite extender la memoria e imaginación con la idea del libro total suscrita por Mallarmé, y asumiendo, además, que en la afirmación de que un libro "lo contiene todo" se halla implícita una relación con la última frase del párrafo previo en el sentido de que ese "contener todo" equivale al "presente, pasado y futuro" de que se ha hablado antes de manera bastante arcana, la siguiente expresión —"Ellos son las piedras fundacionales sobre las que se han erigido los inúmeros y cambiantes órdenes del universo"— vuelve a atentar contra la frágil coherencia que el lector paciente y solidario ha tratado de dar al texto. Esto porque la metáfora que ahora asume al libro como "piedra fundacional" no casa con la idea de totalidad, sino más bien con un origen o principio, lo cual es muy distinto. Para rematar, este esfuerzo del lector se viene completamente a pique con las siguientes frases, las cuales, de un lado, por la presencia de la expresión adverbial, "a su vez", dan a entender que sólo en este momento se está relacionando este párrafo con el primero al utilizarse de nuevo la palabra *impronta*; y, del otro, con la aparición de tres ideas nuevas que no se sabe de dónde surgen ni se explican posteriormente: el libro como impronta del tiempo trascendido (idea 1), que (idea 2) afirma la razón de ser humana, que es, a su vez (idea 3), *homo loquens, sapiens y scribens*.

La verdad es que es una cuestión muy difícil de comprender esta pri-

mera parte del prólogo de *La pasión de leer*. Algo así como el significado de la expresión: "La razón de la sinrazón que a mi razón se hace de tal manera mi razón enflaquece que con razón me quejo de la vuestra fermosura", en cuyo discernimiento se extravió para siempre la lucidez de Alonso Quijano, ejemplo suficiente para no seguir indagando.

(Steiner, 1997: 21), al ofrendarse a diario y sin límite en un ritual que hace presente la memoria de los otros y lo otro (*palimpsestica*). "En cada libro hay una apuesta contra el olvido" (Steiner, 1997: 23). Los libros iluminan a los espíritus abiertos y de distinta manera sin agotarse nunca. Acercarse a ellos es adentrarse en muchas otras vidas



Pero, no obstante, toca continuar, ahora para señalar cómo la incoherencia de este prólogo se agudiza cuando aparecen las citas o alusiones de autoridad que generalmente tienen el defecto de no engranar en el discurso o de sobreabundar. Con relación a lo primero, ya he señalado la manera extraña como se han unido las palabras de Borges y las de Mallarmé con relación al libro; de lo segundo, la sobreabundancia, da cuenta el siguiente párrafo:

La inasibilidad es la virtud de los libros, pero también lo son su "numinosidad" y "obsequiosidad"

(Mutis, 1988: 31). Ellos eliminan las fronteras entre la comunidad humana, pero igualmente despiertan la conciencia para la autorreferencialidad y la diferenciación; son transparencias a través de las cuales se perciben mundos mediatos y otros más distantes que enriquecen el espíritu y contribuyen a la identificación con otros seres que se expresan de modo diferente [Canetti]. Son, según Paz, el signo mayor de nuestra condición (1997: 15) y expresión diferenciada y esencial de la especie. El hombre es un ser de palabras, y éstas, el umbral del universo humano (Gusdorf, 1986: 6).

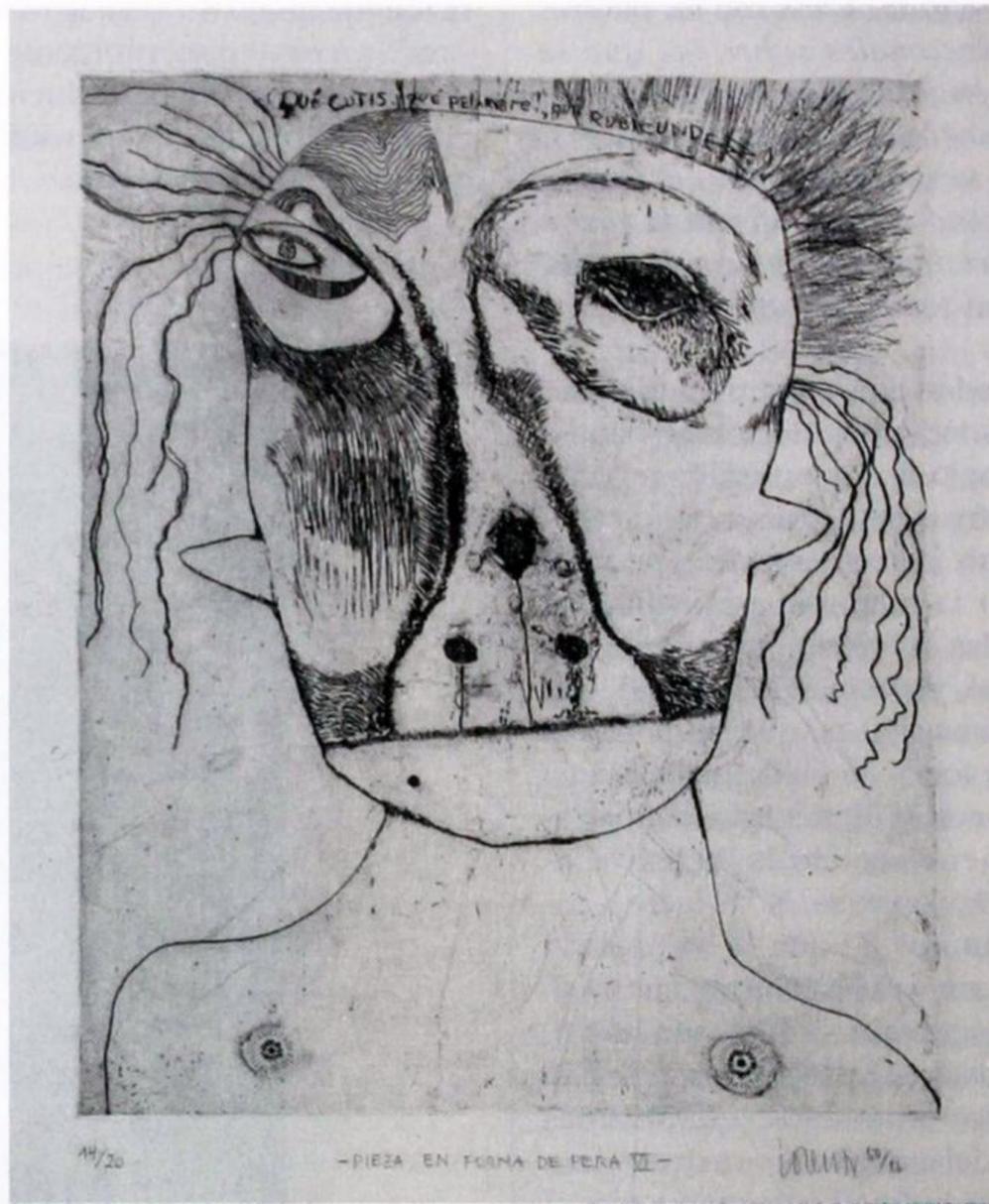
¡Seis citas en un párrafo de doce líneas de una cuartilla estándar!, cada una de cuyas frases son prácticamente fusilamientos más bien deshilvanados de expresiones ajenas. Claro que, en este sentido, nada supera el muy precisamente llamado "El elogio de la sombra" de Saúl Sánchez Giraldo, mas no por su pretendida remisión al texto del argentino ciego sino por su negación cabal de la claridad comunicativa. ¡Qué capacidad para citar autor tras autor que, aparte del evidente afán de ostentar lecturas, poco o nada tiene que ver con los asuntos concretamente discutidos! Valdría la pena que Sánchez Giraldo lea o relea el prólogo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* sólo para que él mismo haga el ejercicio de verificar si en su vana apología de la lectura acaso se le escapó algún autor del vademécum intelectual.

De un mal semejante, sólo que trasladado del campo de la disertación literaria a la literatura propiamente dicha, adolecen los trabajos de Juan Gustavo Cobo Borda y de William Ospina. La vana erudición de estos pésimos epígonos de Jorge Luis Borges se pasea por sus desmedidas especulaciones que involucran desde Homero hasta Castro Saavedra, pasando por Dante, Cervantes, Eliot, Whitman, Silva, Gómez Jattin...

Entrando de lleno en el tema de la lectura, *La pasión de leer* involucra desde anécdotas o experiencias personales —una que otra sin duda interesante, como la que describe Abad Faciolince en relación con el papel revitalizador que la lectura cumplía en la vida de su padre o la de Octavio Escobar cuando se refiere a los señaladores de páginas—, hasta los remedios para incrementar el hábito de la lectura en nuestro país. En este último sentido se presentan todo tipo de pretenciosas, desesperadas e inauditas sugerencias, como las que aplazan la lectura de los clásicos para quién sabe cuándo con el discutible argumento de que a los jóvenes y niños les interesa sobre todo su contexto inmediato, o las que insisten en darle al oficio del poeta un hábito sagrado que hace tiempo

perdió, además de la machacada e irresoluble discusión sobre la incidencia de los medios de comunicación en el hábito de la lectura.

tesis que a pesar de las salvedades propuestas en frases de los demás autores como "Hay muy malas personas que son buenos lectores y per-



Pero lo que, según mi entender, paga la lectura de este enmarañado volumen es el artículo de Jaime Alberto Vélez, que se centra en el análisis de un cuento de Clarice Lispector, titulado *Felicidad clandestina*. Tal vez el hecho de centrarse en un tema preciso y apropiado, toda vez que el tema del argumento del cuento gira en torno a una niña lectora, es lo que marca la diferencia con los otros textos que conforman la primera parte del libro, los cuales se refieren a la lectura más bien sin aristas definidas.

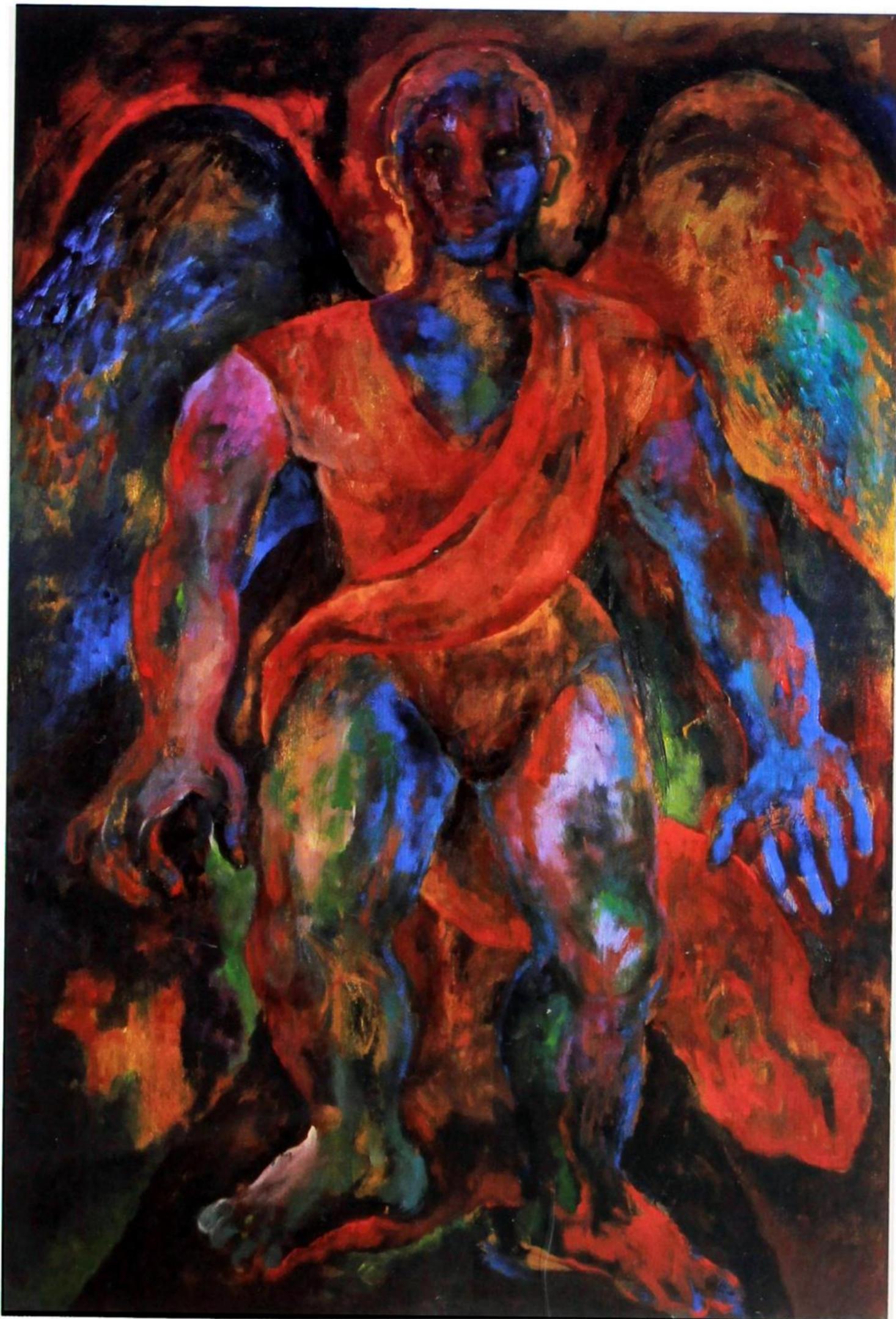
Sin ser un trabajo academicista ni poetiquero, el trabajo de Vélez alcanza la dignidad del ensayo, pues se mantiene con un justo equilibrio entre la poesía y la reflexión formal, ocupando apenas cerca de diez páginas bien cohesionadas y ajustadas a un tema que, por demás, rebata la

sonas buenísimas que no han leído casi nada. O nada" (Héctor Abad Faciolince, pág. 18) o "creer que la literatura es vía de aleccionamiento moral o de adoctrinamiento no es sólo una ingenuidad sino un anacronismo" (Piedad Bonnett, pág. 31), se halla explícita o latente en los textos de todos ellos: la idea de que la lectura, en cuanto instrumento educativo, es la panacea para superar las diferencias radicales a nivel socioeconómico entre las que se debate nuestro país y aun el mundo entero.

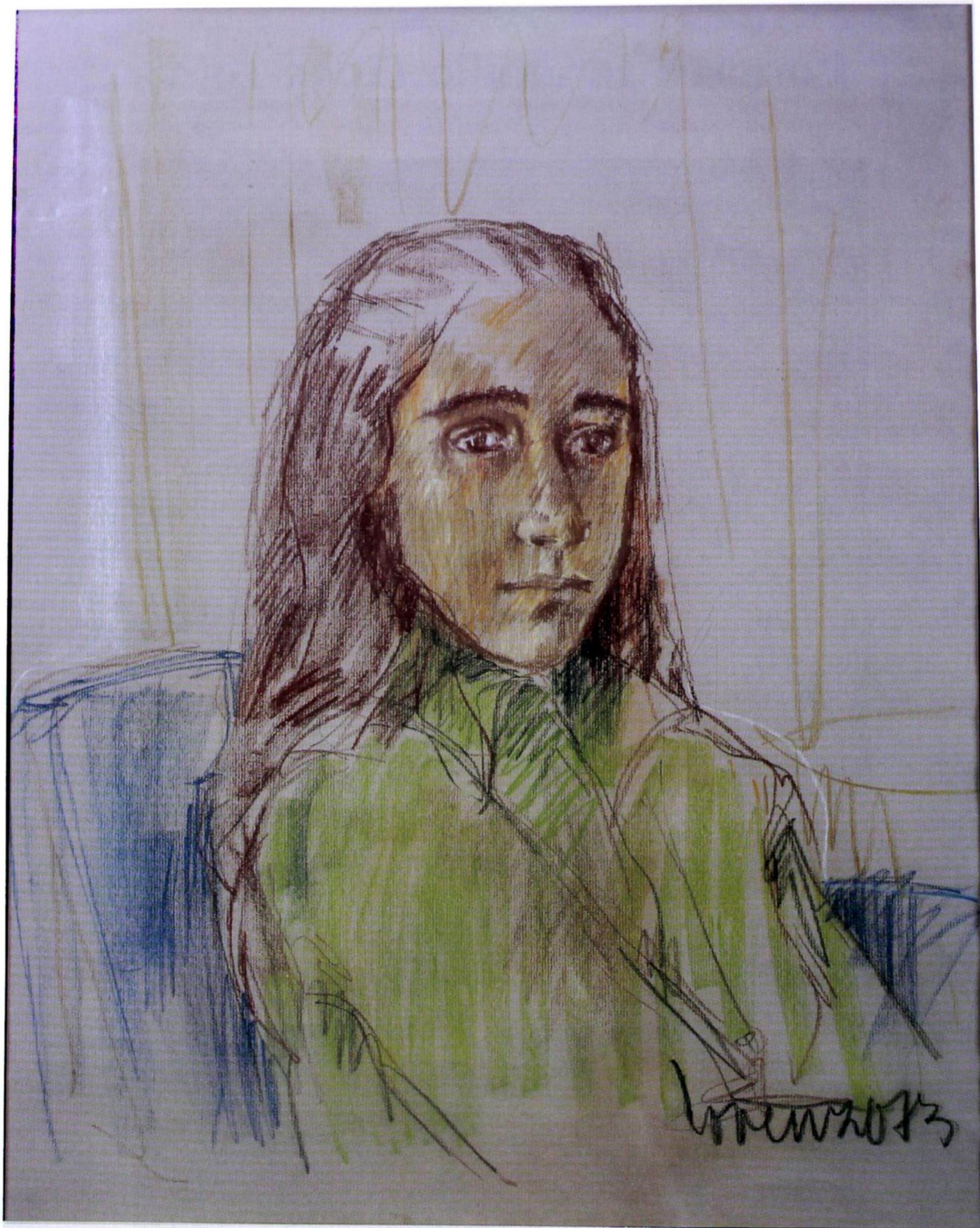
Lo interesante de la propuesta de Vélez es que se basa en una aguda observación que contraviene en su forma y sustancia la avalancha de palabrerías de que viene siendo objeto el acto de leer: "En la actualidad, se supone que un niño debe leer para aspirar a una vida mejor; pero el asunto debe plantearse al revés: que en

Obras

Lorenzo Jaramillo (1955-1992)



Ángel
1987
ÓLEO SOBRE TELA
170 X 109,7 CM



Retrato de Silvia Ángel
1973
PASTEL SOBRE PAPEL
65.4 X 50 CM



Hombre yacente

1978-1990

DIBUJO, TINTA CHINA SOBRE PAPEL DE ARROZ

70 X 137 CM



Retrato de Luis Caballero

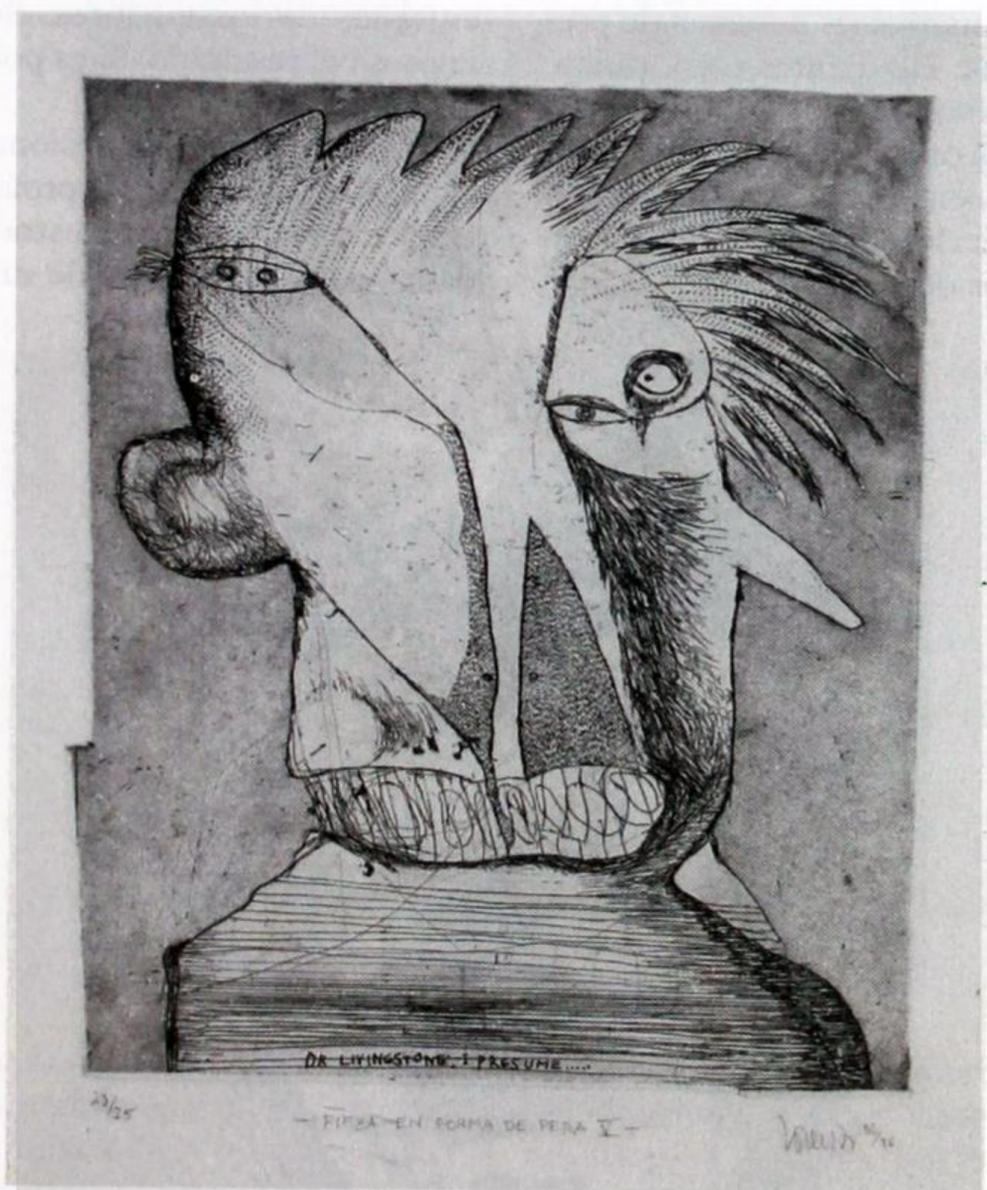
S. F.

TINTA Y PASTEL SOBRE PAPEL

103,5 X 54 CM

una vida digna, el niño lea" (pág. 148). Sí: por más excelentes libros que haya, como en efecto los hay, si la vida cotidiana no es mínimamente digna, nada garantiza un libro. Como de hecho no ha evitado ninguno, desde la *Biblia*, desastres evidentes y absurdos. La reciente guerra de Iraq, a pesar de las sabias y reticentes palabras de los propios intelectuales estadounidenses, plasmadas en obras como la del lingüista Noam Chomsky, son un ejemplo contundente.

vas propuestas estéticas en las literaturas regionales, olvidadas y marginales del país. El mismo trabajo es un ejemplo en este sentido que se esmera en identificar las singularidades de las obras de narradores como Abad Faciolince, Juan Diego Mejía o Escobar Giraldo. En un sentido semejante se expresa Gonzalo España, cuyo trabajo titulado "Los oficios del olvido" se empeña en descubrir obras que pasaron injustamente desapercibidas en su momento por el



De la otra parte del libro en cuestión, como ya se dijo, mucho más digerible por el carácter restringido de su tema, destaca en particular el trabajo de Orlando Mejía Rivera. Reclama en él su autor por la ausencia de una nueva crítica literaria en el país que dé un paso más allá de la llamada "Generación perdida", esto es, que tome distancia de los nombres ya reconocidos de dicha generación de narradores (R. H. Moreno Durán, O. Collazos, Darío Ruiz o R. Burgos Cantor) y se permita revelar las peculiaridades de las nue-

canon oficial, como es el caso de dos de comienzos del siglo XX que trataban asuntos de la guerra de los Mil Días: *Dianas tristes*, de Enrique Otero D'Acosta, y *Tomás*, de Rómulo Cuesta.

Como se ve, los tres últimos trabajos mencionados demuestran que en la literatura colombiana hay muchos asuntos para estudiar en concreto, en lugar de irse por las fáciles ramas de la especulación libresca.

ANTONIO
SILVERA ARENAS

Literaturas regionales

Literatura de Caldas, 1967-1997.

Historia crítica

Roberto Vélez Correa

Editorial Universidad de Caldas,
Manizales, 2003, 434 págs., il.

Veintiocho (28) novelistas (mal contados, pues el ejemplar disponible presenta ocho páginas en blanco), veintiséis (26) cuentistas (algunos de ellos provenientes del capítulo sobre la novela), cincuenta y cinco (¡55!) poetas y ocho escritores para niños conforman la nómina literaria del departamento de Caldas en los últimos treinta (30) años del siglo XX, con unas ciento sesenta (160) obras, según el paciente y eficiente estudio realizado por el autor del libro en referencia. Se excluye la ensayística, que por su magnitud merece tomo aparte. Baste anotar que empezaría con un centauro: el doctor Otto Morales Benítez.

Para su mejor comprensión, los capítulos están estructurados en modo cronológico, con subdivisiones generacionales y temáticas. Cada uno tiene introducción y conclusiones, y la exposición se hace por nombres y obras. El autor concede a los nombres importancia principal. En página 279 expresa: "Un sector de la crítica prefiere alejar la imagen del autor para acometer el estudio de su obra. Afortunadamente, la radical posición opera más en la narrativa y menos en la lírica, donde la subjetividad del hombre está comprometida hasta la médula".

La sección que se destina a la novela comprende setenta y cuatro (74) páginas, al cuento setenta y una (71), a la poesía ciento cincuenta y cinco (155), y cuarenta y tres (43) a literatura para niños. Dado que se trata por aparte la llamada *literatura femenina*, conviene anotar que entre los novelistas no figura ninguna mujer; entre los cuentistas sólo una; una en el capítulo de *literatura infantil*, y siete entre los poetas. Las expresiones *literatura femenina* o *literatura infantil* son malos estereo-